

## UNA DE LAS MEJORES NOVELAS VENEZOLANAS

“LAS MEMORIAS DE MAMA BLANCA” de “Teresa de la Parra” (1)

**A**CABAMOS de estampar un título que en manera alguna queremos tenga el significado corrientemente viciado y vulgar que al comparativo **mejor** suele dársele entre algunos de nuestros escritores. Estos, con frecuencia sorprendente colifican a no pocos poetas, ensayistas, cuentistas, etc., con el consabido: “es uno de nuestros mejores...” Y cuando nuestro apetito literario se ha despertado ante aquella afirmación, se encuentra luego insatisfecho ante un escrito que sin ser **mejor**, a veces no llega ni a bueno, o se queda en escasamente mediocre, aunque con buena voluntad!

Y al hablar de novelas venezolanas, más que en varios otros géneros literarios, queremos hacer hincapié en que al usar nosotros ahora el calificativo de **mejor** tendemos

a restringir a un muy reducido número las obras que serena y justicieramente son acreedoras a los primeros puestos en la apreciación general de la crítica

No necesitamos sobrestimar apasionadamente y sin discreción nuestros productos literarios. Porque de hacerlo habitualmente así, pronto no se apreciarían en lo que es justo los verdaderos e innegables valores, al quedar éstos confundidos entre la turba multa de los de segundo y tercer orden a quienes se ha colocado en parigual nivel. Evitemos el que nos ocurra lo que sagazmente se denunciaba en aquel viejo proverbio “La multitud de árboles impedía ver el bosque”

De entre las numerosas novelas, y relatos anovelados, que han salido de la pluma de escritores venezolanos, a lo largo de un siglo de nuestra vida literaria, escasamente una media docena de obras puede con toda

una señorita que escribió porque se fastidiaba”, aparece en París, 1924, 516 pp. El mismo año apareció la traducción al francés, por Madame Bucaut.

En 1929 publicó en La Habana “La importancia de la mujer americana durante la Colonia, la Conquista y la Independencia”, resumen de una serie de largas conferencias que dictaría en Colombia.

“Las Memorias de Mamá Blanca”. París 1929, 285 pp. El mismo año la tradujo al francés, en París, Francisco de Miomandre, el prologuista de “Ifigenia”. Hay otra edición castellana, con notas, ejercicios y vocabularios, hecha en New York, 1932, para el estudio del castellano por gente de habla inglesa; dicha edición la prepararon Carlos García-Prada y Clotilde M. Wilson.

Recientemente la Editorial “Las Novedades”, de Caracas, ha publicado la Tercera Edición, de ambas novelas, pero sin fecha “Ifigenia”, 441 pp. y “Las Memorias de Mamá Blanca”, 194 pp.

“Teresa de la Parra” falleció en Madrid en 1936.

(1) Ana Teresa Parra Sanojo, (“Teresa de la Parra”), nació en París, de padre y madre venezolanos. Fué educada en España, y a los 18 años de edad regresó a Caracas. Su primera manifestación literaria la dio al ser escogida por “El Nuevo Diario” para que contestase al mensaje que dirigiera a Chile y a toda la América Hispana la Infanta Doña Paz de Borbón, con motivo de la visita que su hijo el Príncipe Don Fernando de Baviera hizo a varios países de Sur América, entre ellos a Venezuela. El éxito que tal escrito obtuvo, animó a la joven escritora a ensayar otros géneros. Leía y componía mucho, y pronto publicó su primer cuento, en 1921, que tituló “Flor de Loto”, leyenda japonesa. Poco después publica una leyenda india, titulada “Buda y la Leprosa”. Escribió una reseña de las fiestas centenarias de la Batalla de Carabobo. Dos capítulos de su futura novela “Ifigenia” fueron publicados por separado antes de la obra misma: uno en la “Lectura Semanal”, 1922, y con el título “Diario de una señorita que se fastidia”; el otro fué remitido al Certamen Nacional de Ciudad Bolívar, —donde obtuvo un premio—, y lo titulaba “La Mamá X”.

La primera edición de “Ifigenia Diario de

justicia y honradez alzarse con el título de gran novela. Y si de entre esa media docena, forzosamente no menos de tres de los títulos pertenecen a Rómulo Gallegos, nos hallaremos con que los novelistas de alto coturno no han abundado entre nosotros.

Y ocurre,— caso singular, por la desproporción que envuelve—, que uno de esos grandes nombres de nuestra novelística es el de una mujer Ana Teresa Parra Sanojo o más popularmente **"Teresa de la Parra"**

Pero al repetir así una afirmación asaz trillada, queremos al mismo tiempo intentar su comprobación desde un punto de vista si no nuevo, por lo menos poco utilizado.

"Teresa de la Parra" es un nombre literario que va unido inseparablemente a su sonajante y discutida novela **"Ifigenia"**. Así como el nombre de Gallegos va identificado con "Doña Bárbara", o el de Eduardo Blanco con "Venezuela Heroica", así se advierte también el apareo de "Teresa" con **"Ifigenia"**.

Pero por jugarretos que sabe hacer la suerte literaria, no pocas veces ocurre que el libro que simboliza la labor literaria de determinado autor, no es precisamente su mejor obra, sino otra que por circunstancias particulares logró aquella preferencia Virgilio es muy más grande poeta en sus **"Geórgicas"** que en la Eneida, y sin embargo esta última ha permanecido, a través del tiempo y del espacio, como la obra virgiliana por antonomasia.

"Teresa de la Parra" es conocida en el mundo de las letras por su novela **"Ifigenia"**, libro que en un momento insospechado de su carrera de escritora le apareció premiado en París, en 1924, en un concurso de novelistas hispanoamericanos

Semejante triunfo y en un concurso de aquella naturaleza, obtenido por una mujer hasta entonces desconocida en el mundo de las letras, tenía que traer necesariamente una consecuencia favorabilísima para su obra triunfadora. Y en concreto, aquel libro escrito por una señorita que se fastidiaba, —aun con su falta de madurez artística, y con sus graves errores morales—, traía a las letras venezolanas una luz nueva, una manera interesante y hasta en parte original de escribir novelas. Pero la obra no era perfecta, ni mucho menos.

**"Ifigenia"** logró una popularidad injusta, gracias en parte a lo que aquel triunfo en París significaba para una obra venezolana, escrita además por una mujer; y gracias al tema sugestivo y atrayente para los jóvenes del país que querían curiosear la vida de

aburrimento que había llevado una de sus semejantes.

o o o

Recientemente ha habido una serie de manifestaciones literarias, esporádicas, en torno a la persona, y en parte a la obra, de "Teresa de la Parra". Queremos aprovechar esta coyuntura para expresar llanamente lo que tras de reposado y largo estudio de su obra hemos juzgado respecto de la menos leída y menos analizada novela **"Las Memorias de Mamá Blanca"**.

En general la crítica acostumbra fijarse con sobra de admiración en **"Ifigenia"**, y en cambio pasa un poco por alto, o mira con muy secundario interés **"Las Memorias"**. Creemos que crítico tan acucioso como R. Angarita Arvelo anduvo un poco aprisa cuando apenas le dedicó a esa segunda novela un par de líneas, y éstas para expresar como único juicio que dicho libro "no resiste comparación con **"Ifigenia"**". (2). Pero no faltaron del todo, ya al tiempo mismo de hacer su aparición en público **"Las Memorias de M. B."**, críticos que descubrieron el valor extraordinario de dicha obra. El anónimo crítico de la Revista **Cultura Venezolana** en breve comentario, destaca en esta novela a Teresa de la Parra como escritora que "sabe evocar quizás con mayor fidelidad que nuestros grandes novelistas del ciclo criollista, el paisaje, los seres, la vida de la patria". Y concluye: que "no es ocioso añadir que ninguno de nuestros novelistas criollos se ha acercado tanto a la perfecta interpretación del alma popular nuestra como **"Teresa de la Parra"**" (3).

Más terminante y concisa fué Gabriela Mistral al llamar al segundo libro de "Teresa de la Parra. "el mejor" (4).

**"Las Memorias de Mamá Blanca"** Son un libro que a primera vista engaña. Nos en-

(2) Angarita Arvelo, Rafael, *Historia y Crítica de la Novela en Venezuela*, Berlín, 1938, Imprenta de August Pries, Leipzig, Pá. 147.

(3) *Cultura Venezolana*, año XII, Mayo-Junio de 1929, N. 94, p. 146.

(4) *Cultura Venezolana*, id, id, N. 95, pp. 282-286. Dejemos de paso consignado aquí que el Profesor norteamericano Dillwyn F. Ratcliff en su importantísimo trabajo "Venezuelan Prose Fiction", New York, 1933, ha dedicado entero el capítulo XIII a las dos novelas de "Teresa de la Parra"; aunque lleno de simpatía hacia la autora, Ratcliff no hace propiamente un trabajo de crítica, sino de exposición de las obras. Véanse las pp. 214-232 del citado libro.

gaña por el título mismo, ya que parece sugerirnos alguna chochez romántica. Leído como suelen leerse muchas veces las novelas, con la curiosidad de ver **qué pasa** en ellos, ocurre luego una desilusión cuando al final del libro no ha pasado nada extraordinario ni de grandes emociones. Engaña también el tono del relato íntimo y familiar, y el ver que los personajes que llenan más páginas son seis niñas de corta edad, hijas del dueño de la hacienda "Piedra Azul". Con tales elementos a la vista, una primera y rápida lectura posiblemente podría dejar cierta impresión poco entusiasta acerca del mérito del libro. Más aun: hasta podría hacerse empalagoso o pesado al abordarse las primeras páginas. Quien esto escribe confiesa llanamente que fué tardó y remiso en adentrarse en la lectura de "Las Memorias", y que la primera vez que las leyó, lo hizo a largos y repetidos intervalos.

Pero que tal cosa suceda, se puede considerar hasta como un argumento favorable al libro. Se asemejaría en ello o se pondría al nivel de los libros clásicos, que no cautivan ni embriagan sino después de repetidas lecturas, y de reposado contacto con sus páginas. Al igual también de la buena música, que no se enreda a nuestro oído como la popular y arrabalera al primer golpe, sino que va asentándose en satisfactorio reposo a medida que la oímos repetir.

Cuando Teresa de la Parra triunfó con su "Ifigenia", era todavía una escritora en formación. Aún le faltaba mucha labor disciplinada y tesonera en el camino del arte literario. Su estilo no estaba formado, aunque ya "mostraba en esperanza el fruto cierto". O la escritora por sí misma comprendió su necesidad y obligación de continuar formándose, y no se dió por satisfecha con el triunfo logrado; o hubo algún consejero eficaz que en buen hora la dirigió en ese mismo sentido.

Pero lo cierto es que el trabajo de perfeccionamiento tuvo lugar, y pronto vino el fruto sazonado. Sagazmente apuntó Gabriela Mistral cómo en los cuatro años que mediaron entre "Ifigenia" y "Mamá Blanca" hubo un salto tal en la capacidad de la escritora, como no se habrá dado otro en prosista alguno. Debió en ese intervalo 'encerrarse con sus clásicos españoles', y de aquel cultivo tesonero salió con la ganancia de un estilo envidiable (5).

Ahora sí surgía en las letras venezolanas una novela con credenciales incuestionables,

(5) Cfr. Cultura Venezolana, *id.*, *id.*, N. 94, pp. 283-284.

con la que su autora aseguraba un nombre indiscutible en línea paralela con el de Rómulo Gallegos

Una frecuente objeción con que especiosamente se cree restar valor a "Mamá Blanca" es su aparente falta de unidad. Se dice que aquellos ocho capítulos son episodios o relatos aislados; que pueden individualmente desmembrarse del conjunto, y presentarse por separado.

No se puede negar la estructura individual, completo, de casi todos esos capítulos; pero sin embargo, existe entre todos ellos una doble unidad, también innegable. Y la primera es la que va destilando el relato mismo en primera persona, saturado de tanta verdad, de tanto humanismo y de tanta sencillez, que no puede menos de formar un ambiente unificador de alto valor artístico. Llamemos a esto, si se quiere, unidad de interés, o unidad de sentimiento, pero no le neguemos la función específica que ejerce en todo el libro. Pero hay también una verdadera unidad de acción y de movimiento. Esta es una novela de protagonista múltiple, que lo constituyen las seis niñas, grupo central en torno al cual giran necesariamente todas las páginas y episodios. Lo que para muchos hubiera aparecido como un centro de acción baladí o poco vigoroso en una novela de más de doscientas páginas, resulta, por el contrario, sorprendentemente atractivo y fecundo. No hay personaje ni episodio, o capítulo, que no aparezca en íntima relación con la vida infantil, graciosa y vivaraz de las seis muchachitas. De manera que el lector no puede por un punto siquiera olvidarse de ellas; y aun en los largos relatos en torno a personajes como el "Primo Juancho", o "Vicente Cochocho", uno espera ver en acción a las niñas, como de hecho va ocurriendo siempre. Precisamente alguno de los más salerosos diálogos ocurre entre ellas y Cochocho, en el segundo párrafo del capítulo dedicado al popular peón de la hacienda "Piedra Azul".

Y en este orden de ideas, queremos recalcar el extraordinario mérito que supone en Teresa de la Parra el haber sabido presentar, a través de la psicología infantil, esos cuadros de vida campesina, y esos personajes tan bien caracterizados, y las mismas ocurrencias sin importancia de la vida infantil, todo en forma tan rebotante de interés y de arte encantador, que logra cautivar aun al más grave lector. Y he de confesar paladinamente que cuantas veces releo al azar cualquier página de "Mamá Blanca" siempre hallo gran placer en tal lectura, y

muchas veces descubro nuevos pormenores y matices artísticos que paladear; cosa que no me atrevería a afirmar me ocurra con alguna otra novela venezolana

Y es que hay en esas páginas una manera tan ingeniosa, al mismo tiempo que de tan aparente sencillez, para decir las cosas, que el lector las va asimilando sin trabajo alguno, antes goza intensamente con la facilidad y familiaridad del relato. Escribir de esa manera, sin chabacanería, pero sin empalagar mostrando el procedimiento artístico, es don concedido a muy pocos novelistas. Eso es algo de lo que logra, en un plano muy distinto, Pío Baroja, con su manera tan personal e inimitable de relatar. "Eso también lo escribo yo", se anima a exclamar el lector frente a las páginas de estos artistas, al juzgarlas tan simples y sin estilo aparente. Pero luego el fracaso ante el intento, hace pensar en la abundante dosis de arte que tal empresa supone.

Se ha señalado, casi unánimemente, el relieve tan singular que alcanzan los caracteres de "Mamá Blanca"; no sólo los principales que forman capítulo propio, como los ya citados "Primo Juancho", o "Vicente Cochocho", etc; sino también los secundarios como la triniteña Evelyn, o el vaquero Donal. Son tan variados, y al mismo tiempo cada uno de ellos es tan rico en lo sustancial y en lo accidental de sus respectivas vidas, que en nada desmerecen si se los coloca frente a las creaciones geniales de Gallegos.

Pero en lo que sí creemos que Teresa de la Parra campea sólo en las letras venezolanas — hasta el presente — es en el **humorismo** que rebosa en todas las páginas de "Mamá Blanca". Pero entiéndase bien no se trata de un humorismo chocarrero, o de grueso calibre; ni de la ocurrencia forzada del lenguaje, o de la situación cómica descrita con pormenores que buscan la carcajada sonora, o tal vez vulgar. Se trata de un humorismo tan sutil y delicado que, en la mayoría de los casos se lo siente y no se lo ve, solaza y entretiene con sorprendente aticismo y serenidad; apenas sufre interrupción, pero no se va anunciando con ruido aturdidor, sino con sonrisas juguetonas y delicadas. No sólo en las letras venezolanas,

pero aun fuera de ellas, pocos ejemplos pueden ofrecerse de escritores de humorismo semejante. Tal vez es este uno de los rasgos más decisivos de la influencia de la Doctora de Avila, Santa Teresa, sobre nuestra escritora.

El estilo más difícil en toda literatura, — y el escollo más peligroso para escritores incautos, — es el estilo humorista. Auténticos y sobresalientes humoristas son contadísimos en la literatura mundial. Entre nosotros, da tristeza, por no decir vergüenza, la epidemia que a veces hay que sufrir de pretendidos humoristas. Ante ellos este libro de Teresa de la Parra dicta una lección de arte y de la delicadeza insustituibles.

Y frente a ese humorismo, qué intenso sentido humano de muchos pasajes, y aun de toda la novela. Ejemplos abundantes nos los ofrece entre otros el capítulo dedicado al Primo Juancho. O podría citarse el párrafo final que al terminarse la novela habla una de las niñas, a su regreso entristecido de la visita hecha a Piedra Azul.

Además, hay multitud de rasgos particulares, frases, reacciones, salidas oportunas, cambios de acción, etc., que dan a todo el libro un sabor inconfundible. Y coronándolo todo, hay que destacar la maestría en el arte del diálogo, sobre todo el diálogo infantil, tan atinado y tan bien administrado, que es uno de los mayores atractivos de la novela.

"Los Memorias de Mamá Blanca" son, salvo en algún leve pasaje o reflexiones escabrosas, un libro para todos, sano, patriótico y educador. Novela criollista, pero de un criollismo original, ni imitado ni imitable, equilibrado y asequible a todo lector.

Es, en una palabra, una **de nuestras mejores novelas**, y de la que Picón Salas no ha dudado de afirmar algo que nosotros gustosos suscribimos: "uno de los libros de evocación infantil más bellos que pueden encontrarse en toda la literatura hispánica" (6).

(6) Picon Salas, Mariano, *Formación y Proceso de la Literatura Venezolana*, Caracas, 1941, p. 216.

*Pedro P. Barnola, S. J.*